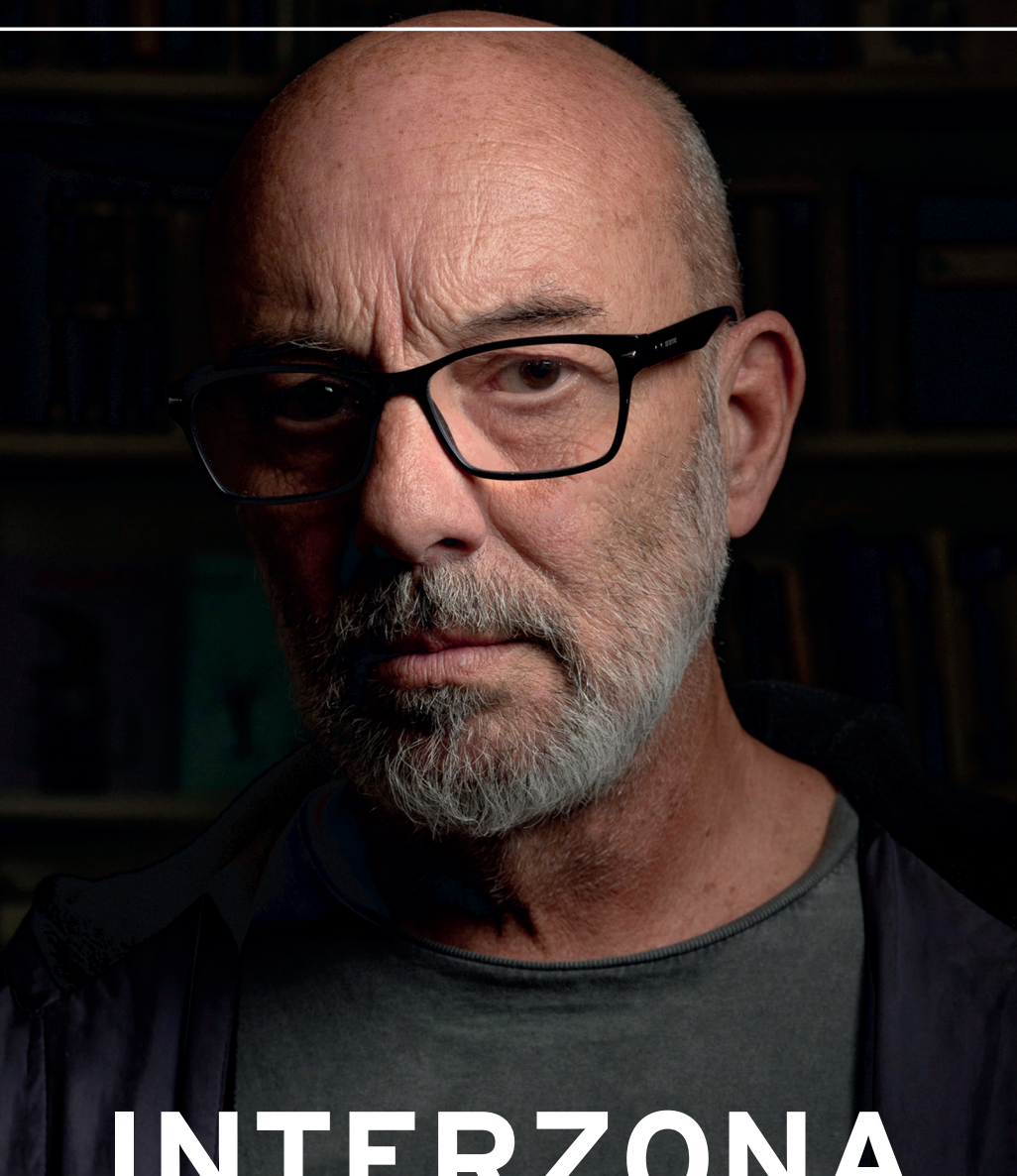


Sergio Bizzio

RELATOS REUNIDOS



INTERZONA

RELATOS REUNIDOS



Sergio Bizzio

RELATOS REUNIDOS



INTERZONA

INTERZONA

Bizzio, Sergio

Relatos reunidos / Sergio Bizzio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Interzona Editora, 2026.

384 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona de ficciones)

ISBN 978-987-790-140-5

1. Cuentos. 2. Literatura Argentina. I. Título.

CDD A86o

© Sergio Bizzio, 2026

by arrangement with Literarische Agentur

Mertin Inh. Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© interZona editora, 2026

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Edición integral: Natalia Brega

Imagen de tapa: Alejandro Meter

ISBN 978-987-790-140-5

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

TODOS LOS DESEOS

Todo lo que deseo se cumple. Excepto lo que está fuera de las posibilidades de mi naturaleza, no hay deseo mío que no se haga realidad.

Mientras no fui consciente de esto, mis deseos eran pequeños, sencillos, ajustados al devenir de la vida cotidiana; creía ser nada más que un hombre con suerte. Si me daban ganas de comer medialunas, por ejemplo, llegaba de visita un compañero de trabajo con un paquete de medialunas; si quería que se fuera y me dejara solo, sonaba su teléfono, se disculpaba y se iba. Eran cosas a las que yo no les prestaba mucha atención, el noventa y nueve por ciento de las veces ni siquiera las notaba. Vivía tranquilo, con viento a favor.

Un día amanecí con fiebre y decidí quedarme en cama. Estaba tan aburrido que, para matar el tiempo, como un juego, pedí un deseo, que se cumplió, y a continuación otro, y otro más, ya alelado. Nunca había hecho nada semejante.

Al día siguiente se cortó la luz en todo el pueblo y a mi casa volvió enseguida. Esa noche soñé que alguien me decía: “Qué raro que vos, con el orto que tenés, no vayas nunca al casino”. Desperté sobresaltado. Me quedé un rato mirando al techo,

casi sin respirar, con la mente en blanco y las manos transpiradas, no por el mensaje del sueño, que después de todo no era más que eso, sino por el tañido del gong de una verdad que me erizó la piel de arriba abajo. Después, inquieto todavía, me concentré en el color naranja de mi pelo, que tanto me afligía. Lo que vi cuando me miré al espejo me hizo temblar. Tenía el pelo oscuro, casi negro.

Pasé los días siguientes ejercitando esta cualidad recién descubierta. La bicicleta que me habían robado y que era mi único medio de transporte reapareció en el garaje; la mujer que me gustaba, Gloria, a la que siempre le había sido indiferente, me llamó por teléfono. De pronto era como el genio de una lámpara que él mismo ha frotado, desde adentro. Se me daba todo, todo se cumplía. ¡Y sin ningún esfuerzo! Lo único que tenía que hacer era chasquear los dedos.

No pasó mucho tiempo antes de que notara que, intercaladas entre las cosas que deseaba a conciencia, obtenía otras que no sabía que deseaba o que hubiera deseado alguna vez, todas ya inservibles o inútiles, desde juguetes infantiles (tengo cuarenta años) que brotaban de cajas y cajones, donde habían sido olvidados décadas atrás, hasta propuestas comerciales de toda clase (un compañero de trabajo me invitó a montar una granja integral autosostenible con energías renovables, por citar un caso); calculé que con alguna de estas propuestas quizá podría librarme de mis oscuros días de oficinista, pero no me sentí apto para esa clase de aventuras.

¿Y si probaba con ser bueno? No, ya lo era. ¿Y sabio? Tampoco, no hubiera sabido qué hacer con eso. Ahora quería tenerlo todo.

Fue entonces cuando empezaron las imprecisiones: quise hacerme rico y el vecino de al lado recibió una herencia; deseé la muerte de X y murió su esposa. ¡No daba en el blanco!

Lo más irritante era que mientras para la realización de un deseo trivial lo único que tenía que hacer era pensar en él y sentirlo, para uno importante debía concentrarme durante días, y a veces durante semanas, dejando de lado cualquier otra ocupación o actividad. Me tensaba de tal manera que después, al aflojarme, ya hecho el pedido, quedaba vibrando, y hasta escuchaba el eco de los roces de mi ropa.

¿Por qué me resultaba tan difícil acertar con algo trascendente cuando todo lo demás se me daba con facilidad, y en ocasiones incluso se producía solo, sin mi intervención? Entendí que para que el deseo se hiciera realidad tenía que ser posible. No podía decir “quiero ser un gran músico” y listo. Primero tenía que estudiar. Si estudiaba y practicaba, si practicaba mucho, al cabo de unos años podía alcanzar el objetivo; si no, se producía una desviación, y lo obtenía otro. Lo insólito era que ese otro se convertía en un gran músico casi desde el primer día de clases, como si el deseo se completara en la persona más cercana a mí... con piano en la casa. Encontré una explicación: sucedía todo en un microcosmos independiente, donde yo generaba nada más que uno de los elementos del sistema, pero carecía de libertad para completarlo; el sistema se completaba por sí mismo, automáticamente. Dicho de otro modo: si tenemos dos lados de un triángulo y el ángulo comprendido, el tercer lado surge solo. Pero si en lugar de dos lados tenemos uno, el triángulo es nada más que una rayita, una rayita suelta. Y agarra para cualquier parte.

Compré un billete de lotería. Lo extravié. Compré otro, pero faltaban unos cuantos meses todavía para el sorteo del gran premio. Viajé quinientos kilómetros hasta el casino y vi cómo mis ahorros se evaporaban y cómo ganaban los que apostaban a mi lado. Acerté varias veces, sí, pero tenía tan

poca plata que me llevó horas reunir una cifra considerable; cuando la aposté completa a un solo número, ya agotado y desganado, perdí. Al día siguiente salí del hotel en el que me había alojado, y algo (un mero palpito) me hizo meter un brazo hasta el codo en uno de los canteros que adornaban la vereda, de donde saqué un fajo de dólares. En el acto apareció una anciana desesperada en compañía de un hombre que trataba de calmarla y que ni bien me vio dijo: “¡Ahí está, gracias al cielo, ahí está!”.

Lo que podía obtener con solo desearlo era exactamente lo mismo que hubiera obtenido cuando ignoraba esta cualidad, solo que ahora a conciencia. Pero lo único que hacía la conciencia era añadir rabia a la posibilidad del milagro. Furioso, me puse a jugar a ciegas con la suerte de los otros. Dije: “¡Quiero ir a Marte!”. Al otro día, por suerte, porque me arrepentí enseguida, comprobé que todos mis vecinos seguían ahí. Nadie había subido ni siquiera a la terraza.

No obstante el abismo de desorden, de improvisaciones y de caprichos en el que terminé sumergido, una mañana me miré al espejo por primera vez en mucho tiempo y, aparte de no reconocermelo, el color oscuro de mi pelo me recordó que todavía tenía a mi alcance la posibilidad de ser atractivo, e incluso bello. Pedí vacaciones anticipadas en la oficina y me dediqué a corregir algunos de mis defectos, los que más me molestaban: recuperé la audición del oído izquierdo, eliminé mis problemas de fluidez en el habla, producto de una paliza que de niño me había dado X, y me aclaré la vista.

Por esos días volvió a llamar Gloria. La primera vez había sido bastante frío y descortés con ella, ocupado como estaba en hacerme rico; ahora, calculando que un poco de distracción no me vendría mal, acepté la invitación a cenar en su

casa. El único inconveniente era lo avanzado de la etapa de reformulación física en la que andaba: me había afinado la nariz, le había dado volumen al mentón, y medía quince centímetros más de altura, por lo que dudé mucho entre anular los cambios o presentarme así. Decidí ir tal como estaba.

Gloria abrió la puerta ni bien toqué el timbre y al verme se cubrió la boca con las manos; no me desconoció, pero no podía creer lo que veía. El gesto, contradictorio, me hizo caer en la cuenta de que mi transformación había sido menos gradual de lo que pensaba. Finalmente se hizo a un lado y entré.

Ya sin la protección de la oscuridad del umbral giré adrede sobre los talones elogiando la decoración de la casa, a veces agachándome para observar una estatuilla o estirándome para leer el lomo de un libro, es decir: me ofrecí a su mirada desde todos los ángulos posibles a fin de darle tiempo de reconocer los restos de mí que seguían iguales y de ese modo atenuar su contrariedad, que era evidente todavía. Pero Gloria despejó sus dudas más que nada por mi camisa, una camisa azul acero estampada con mariposas amarillas y blancas, que me había visto llevar decenas de veces en la calle, y con mi voz, la misma voz ronca, ahora fluida, con la que tantas veces la había abordado sin éxito.

Suspiró, hizo sonar los nudillos de ambas manos y dijo:

–Vas a tener que perdonarme, te prometí un dorado a la plancha y se me quemó –yo ya lo sabía, desde luego; odio el pescado y durante el camino a su casa le había hecho cambiar el menú–. No tuve más remedio que ir a comprar algo a la rotisería.

Fue una disculpa tranquila, por lo que entendí que ya me había digerido y aceptado. No obstante, mientras me daba la espalda muy lentamente para poner un disco, dijo:

–Estás cambiado...

–Vos también –dije yo sin dudar. Y agregué, ahora también sin sentido–: ¿Será porque no es lo mismo cruzarse de casualidad en la calle que verse en una cita? En tu caso no sé cuál de las dos es más linda. –Se hizo un silencio–. ¿Qué pusiste?

Gloria daba clases de Educación Democrática en la escuela industrial. Tenía unos seis o siete años más que yo, pero en esta ocasión parecía bastante más joven. Cenamos hablando de televisión, de la vida en el pueblo. Después nos sentamos muy cerca uno del otro en un larguísimo sofá morado de cinco cuerpos y, mientras bebíamos trabajosamente de unas copas demasiado grandes, demasiado anchas y altas, por lo que para dar un sorbo era obligatorio hacer pausas que sin embargo resultaban sugerentes, se produjo el primer chispazo mutuo de atracción, un chin chin insonoro de luces invisibles. Ahí mismo nos besamos y, sin molestarnos con un traslado, nos desnudamos –ella a medias, yo un poco menos todavía–, apasionados los dos.

–Ahhh, Frankie... –dijo Gloria.

No reconocí mi nombre por detrás del diminutivo y, creyendo que me confundía con otro, me paralicé. “¿Frankie?”. Ese segundo, sin embargo, bastó para que Gloria reaccionara como si acabara de despertar. Se apartó de un salto, sorprendida.

–¿Quién sos? –dijo tapándose el pubis con las manos en cruz.

Pero salimos adelante. A veces íbamos al cine, a veces cenábamos afuera. Los sábados paseábamos en su autito. Manejaba yo. Dábamos una y otra vez la misma vuelta por la única avenida, la Vuelta al Perro, los dos mudos. Gloria iba siempre mirando para afuera, como ausente. De tanto en tanto decía en un susurro:

“Revlon”. Y minutos después: “Bonafide”.

Nos llevábamos bien. Yo había conseguido angostarme un poco las caderas y ahora trabajaba al milímetro en la separación de los ojos, montados de nacimiento sobre el tabique nasal; lo hacía poco a poco, día tras día, para que Gloria no advirtiera el cambio. Pero la gente me miraba y era evidente que me notaban distinto. En cierta ocasión, caminando del brazo por las calles del centro, escuché que alguien decía al pasar, refiriéndose a mí: “Qué bien le sienta el amor”.

Y sí, la amaba. También es cierto que a veces uno desea cosas de manera tan profunda y tan estrepitosamente calladas que se hace difícil vivir sin ellas; el sorteo de lotería estaba cada vez más cerca y “disparar” mi deseo de ser rico para hacerlo realidad en Gloria, la persona más cercana, era lo único que tenía en mente.

Con ese fin me puse a la tarea de estrechar aún más nuestro vínculo: le pinté el living, la ayudé a corregir los exámenes de fin de curso (un alumno había escrito en el margen de una hoja: “Cuando se las resuelve, desarmen por sí mismas lo anterior; esa es la razón de ser de las cosas que no tienen solución”) y pasé un larguísimo fin de semana en casa de sus padres, ya muy ancianos, en Foz Do Iguazú. Allí, sentados los dos en una banqueta a la sombra de un lapacho negro, le regalé el billete que había comprado meses atrás y, para asegurarme bien asegurado, le propuse matrimonio.

El regalo le pareció de lo más extraño. El matrimonio, imposible: años atrás se había casado con un hombre que desapareció pocos días después de la boda y del que no sabía nada desde entonces, excepto que estaba vivo. Yo le acaricié comprensivamente la cabeza, esforzándome para no lastimarla con las uñas.

El día del sorteo escuchamos por radio la lectura de los números. En determinado momento salté como un resorte:

–¡Es mío, es mío!

Gloria miró su billete y dijo:

–No, querido, es mío.

Y en efecto, el billete con premio, según mi plan, era el que le había regalado.

Me recompose, la abracé y hablé en plural del monto que percibiríamos. Gloria, apabullada, murmuró en singular:

–¿Qué voy a hacer con todo ese dinero?

–Podemos hacer un millón de cosas, mi amor, podemos invertirlo, comprar acciones, multiplicarlo...

–No sé. Yo nunca tuve tanta plata...

–Tranquila, vos dejame a mí, yo me encargo.

–No, no, no. Hace años que me digo que debería dejar de actuar como una nena. Este premio es una buena oportunidad para ser un poco más ad...

–Qué se te ocurre –la interrumpí.

–Podría donar una parte a la cooperadora de la escuela... Mis padres necesitan una casa más cómoda donde vivir, vos la viste... Me gustaría visitar a mi amiga de la infancia que se fue a la India y nunca volvió...

–¿Te parece que gastemos plata en un viaje a la India?

–¡Es un país súper interesante! Y además, bueno, es mi plata, Francisco. Son las primeras cosas que se me ocurren. Dejame volar.

–Sí, te dejo, te dejo, cómo no te voy a dejar, lo que pasa es que yo tenía otros planes...

Gloria me miró de arriba abajo como si no me conociera.

Desde ese momento y hasta las nueve o diez de la noche se mantuvo pensativa y más callada que nunca. Horas, para mí fueron horas de soliloquios inconducentes, en el living, en

la cocina, a través de la puerta del baño, e incluso durante el trayecto de ida y vuelta hasta la agencia, donde Gloria exhibió el billete ganador y donde el agenciero y su esposa se fotografiaron con ella; o no me escuchaba, o mi voz la atravesaba sin tocarla, como a un fantasma, o peor todavía: como a un fantasma sordo. Que yo le hubiera regalado el billete la tenía sin cuidado, y es más, al mencionárselo sacudió milimétrica y dramáticamente la cabeza, como ante el recuerdo de un detalle que es necesario borrar de una vez y para siempre.

Exaltado, fuera de mí, le pregunté (esto llevó su tiempo aunque hacía rato ya que lo tenía en mente) si se había vuelto loca, a lo que respondió: “¿Eso es lo único que tenés para decir?”.

En efecto, no había nada más que decir. Me fui dando un portazo.

Ya en casa me tiré en la cama hecho una bola de fuego.

Por la mañana me enteré de que Gloria había muerto. Se le había caído un ropero encima. Al parecer había trepado dos o tres cajones abiertos a modo de escalera para sacar o esconder algo arriba del mueble, que no estaba asegurado a la pared.

Al otro día vino a verme el hombre que la había abandonado años atrás. Sin duda se había enterado del premio por el diario y, ya en viaje, de su muerte, por la radio del pueblo, lo que para él redondeaba la visita: si antes aspiraba a un perdón, ahora aspiraba a una transferencia. Era regordete, usaba mocasines con un flequillo mohicano de gamuza a la altura del empeine, pantalones pinzados color marfil, camisa celeste y anteojos de marco metálico dorado. Lo hice pasar y le ofrecí un asiento, pero él se quedó parado, inmóvil, mudo. Segundos después, sin que hubiera dicho nada, y como al

cabo de un combate relámpago sangriento entre fuerzas desconocidas para mí, dio media vuelta y se fue.

Yo me encerré en casa. Pasé días enteros en la cama (y a veces en el suelo) concentrado en la anulación de mis deseos, de todos mis deseos, grandes y pequeños, verdaderos y ociosos, uno de los cuales había terminado con la vida de Gloria. De tanto en tanto algo escapaba a mi control y saltaba como una rana en un charco de agua, pero el hecho de que la rana no fuera por sí misma una razón para levantarme me resultó alentador.

Una noche salí a buscar comida. Era tarde, debían ser las dos o tres de la mañana. Sabía que era imposible que a esa hora hubiera algo abierto, pero tenía mucha hambre y caminé un largo rato por el pueblo sin ton ni son, hasta que me descubrí de nuevo frente a mi casa.

No supe si estaba casualmente de regreso, o si nunca me había movido de ahí.

Al día siguiente bien temprano, tan temprano que yo seguía en la puerta, recibí el llamado de un primo: la familia completa, la cercana y la lejana, se juntaba ese mediodía a festejar con unas pastas el cumpleaños número cien de Aghata o Águeda, abuela de mi madre. Y alguien se había acordado de mí.

A las doce en punto saqué la bicicleta. Diez kilómetros en línea recta me separaban de la casa del festejo.

Enseguida me llamó la atención la personalidad del camino, que iba derecho y de pronto, en plena llanura, se ponía a hacer payasadas: zigzagueos innecesarios, angostamientos inexplicables... ¿Cuánto hacía que no andaba por ahí? Añares. Me demoré respirando las volutas del verde puro que salía de los sauces. ¡Qué exasperante me resultó la libertad, vista a la distancia! ¡La lentitud con que pasaba!

Cuando llegué comían. Serían quince, diecisiete, de todas las edades entre el año y los cien. Sentados alrededor de un rejunte de mesas de distinto ancho y altura con las que habían compuesto una mesa larga, nadie (excepto una señora a la que no había visto nunca y que me preguntó si me había teñido el pelo) notó mi presencia, quizá porque hablaban todos a los gritos y a la vez.

Besé la frente de la anciana, alcé un banquito que encontré en un rincón y me arrimé a la mesa.

Los gritos arreciaban. Se discutía una mezcla de temas como si fuera un tema único, imposible de seguir para quien como yo no lo hubiera agarrado desde el principio. “Qué suerte que nadie me dirija la palabra”, pensé.

Entonces me di cuenta de que hablaban de mí. No intervine porque no estaba seguro de ser el motivo principal de la disputa, pero no había ninguna duda de que era uno de los temas que la entretejían, si no la columna vertebral de la que salía todo lo demás. Me doblé intimidado sobre el plato, como hambriento. Alcancé a entender que recelaban de mí hasta los que estaban de mi parte.

Y de pronto, en el fragor de la discusión, como suele decirse, alguien descargó en la cabeza de otro un botellazo plástico de dos litros de gaseosa. Chirriaron las sillas.

Una chica de nueve o diez años, vestida de princesa, salió de la casa a paso rápido, visiblemente angustiada. No tuve ninguna duda de que era una princesa verdadera. Me pasé una servilleta por la camisa salpicada y la seguí.

La princesa se había sentado en una hamaca. Lloraba. Le pregunté por qué.

—¡Porque yo voy a ser como ellos, porque yo voy a ser como ellos! —dijo tapándose la cara con las manos.

Al salir se le había perdido un zapato. Me ofrecí a buscarlo. Lo encontré a metros de la hamaca, boca abajo en el pasto, un pasto a rayas amarillo y negro; el taco apuntaba al sol. Al lado había una pelotita de ping-pong. Era el lugar perfecto para un solo zapato.



“Bizzio es renuente a adoptar para sí cualquiera de las estrategias con las que un autor suele formatear su figura. No escribe ensayos programáticos ni intervenciones puntuales en la prensa, no polemiza con sus pares, no apela a la corrección política ni a la incorrección, no postula ni pontifica. Lo que hace es dejar en el centro la presencia irradiante de sus narraciones, una obra jugada como pocas a una autonomía extrema de la ficción.”

Marcelo Garmendia, *El diletante*

“Bizzio juega con la fábula, el realismo cotidiano, la fantasía, la metafísica, la ciencia ficción y la aventura, con la comicidad impávida de un mago o un hipnotizador.”

Javier Mattio, *La voz del Interior*

“Un autor clave de la narrativa en español del siglo XXI.”

La Vanguardia



www.interzonaeditora.com

ISBN 978-987-790-140-5



9 789877 901405